



desde la Costa Brava,
sin amor

AMORES CON UN EXTRAÑO

Porque la muchacha se llamaba Margaret y era de Liverpool, Tito Cumellas dio tres o cuatro acelerones y el ruido dominó el leve fragor del mar anochecido. Todo ocurría junto a la terraza iluminada de un chiringuito, de día perfumado por el aroma de ciento veintidós pollos fritos, aderezados por las goteantes jarras de cerveza. Ahora la humedad creciente empapaba el olor a pollo y empezaba a diluirlo. Margaret mordisqueaba un bocadillo de hamburguesa ante una mesa con floreado mantel de plástico, iluminada por un candelabro no menos de plástico: un ramo de rosas abombilladas que dejaban una vacilante luminosidad en la extraña nave semiflotante, a quince metros del mar, a diez de la línea continua de las casas oscuras.

Margaret trabajaba como empleada en la contabilidad de unos almacenes importantes de Liverpool. Vivía en un quinto piso del barrio portuario en compañía de una prima de su edad y de otras dos muchachas ganapanes, en el mejor sentido de la palabra. Se había enamorado en dos o tres ocasiones, pero sólo en una había sentido algo más que desencanto cuando el acompañante de turno le dijera buenas noches, por última vez. Margaret había estado a punto de ser madre en dos ocasiones, pero la legislatura laborista vino en su ayuda para impedir el nacimiento de niños indeseados, oscuro punto común de origen, señora marquesa, de tantos niños indeseable. Ahora Margaret pasaba unas baratas vacaciones en España y contemplaba con ojos de araña amable la exhibición automovilista quietista que Tito Cumellas estaba realizando en su honor.

Tito Cumellas tenía diecinueve años como Margaret. Había una casa blanca que dominaba, iluminada de noche, el lago de la cala, desde las más altas rocas. Eran sus compañeros de hábitat: mamá, sus tres hermanos, una prima hermana de la rama madrileña de la familia (oh, las heroicas emigraciones negociantes de los años cuarenta), dos muchachas de servicio y un jardinero comodin, ora chófer ora mayordomo en cenas de compromiso. El padre de Tito Cumellas sólo subía los fines de semana, atareado especialista en obstetricia, que había

6

visto nacer a los más importantes herederos de la ciudad capitalina. Tito sacaba partido ligón a un seiscientos trucado que el conducía cual Bugatti, premio por la aprobación, un tanto inútil del preuniversitario, a doce meses vista de su desaparición según preveía la nueva Ley de Educación.

Una sonrisa de Margaret bastó para que Tito recurriera a la mímica y al idioma comanche (tú venir conmigo, tú subir al coche, etc., etc.) y minutos después el coche pasaba bajo mi ventana, con ruido de avión Jumbo y maneras de Lotus Ford. Esta noche Tito Cumellas será inmensamente feliz, aunque un poco tontamente. Mañana contará la aventura nocturna bajo la loná de una tienda de camping a sus amigos, homogéneos Tito Cumellas vencidos por el sol y el cansancio de la inapetencia. Todavía no saben que Margaret volverá a Liverpool, que para ella el recuerdo de este chico de «Preu» se borrará casi inmediatamente, a las tres semanas de trabajo y, desde luego, cuando se case con Mr. Ferguson, jefe del departamento de cítricos de su almacén. En cambio Tito Cumellas, dentro de cinco o diez o veinte años, fracasado ingeniero industrial al que su padre habrá montado una charcutería antes de morir, después de un complicado sobrepeso, cada verano recordará su aventura con Margaret. Entonces Tito Cumellas, don Alberto para los menos íntimos, padre de dos niños rubios y una niña tigreña, aburrido esposo de Nuria Espinet Sánchez Lage y Alvarez de los Cifuentes, vivirá la única literatura de su vida, semidormido sobre la arena de esta cala, con un nombre inglés de mujer en los recuerdos.

Manolo V.